



MISIÓN PROGRAMÁTICA ARQUIDIOCESANA



Arquidiócesis de Toluca
Comisión de Pastoral Profética



Dimensión de Misiones
No podemos dejar de hablar de lo que hemos
visto y oído. Hech 4,20

Índice:

TEMA 1:

Desde el amor que Dios nos tiene, nos llama a caminar en sinodalidad2

TEMA 2:

El pecado debilita y fractura el camino de la comunión y de la fraternidad7

TEMA 3:

Jesús nos llama a la salvación y a la conversión a partir del anuncio del Reino12

Tema 4:

La fe nos lleva a imitar a Cristo y sus actitudes para alcanzar la vida de la gracia.....17

Tema 5:

El Espíritu Santo nos hace testigos de la redención a la luz del misterio pascual de Cristo.....22

Tema 6:

El Espíritu Santo nos renueva y revitaliza nuestro caminar eclesial, y como bautizados con dones y carísimas nos invita a ser testigos del amor de Dios hoy en el mundo.....27

Tema 7:

María de Guadalupe nos pide construir una casita sagrada donde bajo su intercesión nos muestra su amor, su ternura y compasión para encontrarnos con Cristo resucitado.....32

Tema 1:

“Desde el amor que Dios nos tiene, nos llama a caminar en sinodalidad”

Objetivo:

Comprender que, desde el amor que Dios nos tiene, somos llamados a caminar juntos, construyendo una cultura y civilización del amor, donde reine la justicia y la paz.



Miramos algunos aspectos de la realidad:

En nuestros días, parece haber desaparecido en muchos ambientes el sentido auténtico del amor. Lo que éste propiamente significa y a lo que compromete, se ha ido diluyendo en sentidos parciales. El mismo concepto hoy tiene muchas interpretaciones.

El amor hoy en día lo queremos catalogar solo en el aspecto de dar afecto a través de cosas materiales o a través de una dinámica de gratificaciones mutuas, que incita a la humanidad a tener un amor pasajero que sólo es algo que en el momento le plazca sin comprometerle a algo duradero, solo vivir el momento sin responsabilidad alguna. Tanto le ha llegado al ser humano estas formas distintas de considerar el amor, que los signos que hoy vemos son devastadores y que, como frutos de lo que vivimos fuera del verdadero amor, está llevando al hombre a su destrucción propia (violencia, inseguridad, tejido social roto, desintegración familiar, ideología de género, una economía desorientada, parejas de unión libre, pérdida de valores, desigualdad, mentiras que aparentan ser verdades, crimen organizado, secuestros, machismo, feminismo, centralización del poder, indiferencia, egoísmo, corrupción, etc.)

En este momento de la historia que vivimos, la falta de la vivencia del verdadero amor en los matrimonios y familias lo hemos degradado

hasta el punto de caer en un sinsentido de lo que es amar. Hoy en muchos espacios y ambientes, difícilmente se comprende que el sacrificio, el servicio, la ayuda mutua, el dialogo, la corresponsabilidad, el perdón, la escucha, la justicia, etc. en favor de los demás son signos que hablan de actos concretos del amor.

Hoy muchos matrimonios y familias se han olvidado que la base de una vida plena y de calidad es el amor. Miramos en nuestra realidad que hoy muchos padres de familia no buscan un tiempo de calidad para sus hijos ni para su matrimonio, solo les interesa, muchas veces, la parte económica y no la parte afectiva, que les lleve a crear auténticas familias que sean santuarios de vida y amor.

Hay que ser más conscientes de los signos de los tiempos que estamos viviendo, porque el egoísmo nos está llevando al debilitamiento y la destrucción de muchas de nuestras relaciones fundamentales, y esto es consecuencia de que no hemos amado con sinceridad y transparencia, sino que estamos buscando simplemente aquello que nos gusta y acomoda; y no hemos optado por aquello que sea un bien para los demás.

Hoy necesitamos volver nuestra mirada a la fuente del verdadero amor que nos ha de llevar a la verdadera manifestación de lo que es amar, que es Dios mismo tal como nos amó a cada uno de nosotros hasta dar la vida en su Hijo Jesús.

Iluminación:

De la primera carta de San Juan

1 Jn 3,1. ¡Miren cómo nos amó el Padre! Quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos realmente. Si el mundo no nos reconoce, es porque no lo ha reconocido a él

De la primera carta de San Juan

1 Jn 4,7-8. Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor

Reflexión

El caminar desde el amor de Dios en sinodalidad es la primera misión que tenemos, es salir del yo para los otros y poder ponernos al servicio del mundo (cfr. Asamblea general ordinaria del sínodo de los Obispos XVI, 2a).

Por lo tanto, para descubrir este amor de Dios necesitamos darnos cuenta que él está con nosotros, camina con nosotros y vive entre nosotros, desde el día que fuimos bautizados, porque nunca debemos olvidar que Dios tiene un amor personal e incondicional por cada uno. Somos sus hijos creados a su imagen y por esta razón Él nos propició el camino de la redención para que fuera un momento de restauración, liberador, que nos reincorporara al proceso de salvación de Dios, que nos va llevando a una plenitud de vida (cfr. PGP 105). Este misterio de redención es el que nos ofrece Dios para alcanzar la plenitud de vida en Él (cfr. Jn 10,10). Entonces, si tenemos claro que Dios nos ama, ¿por qué abandonamos el camino de Dios, le damos la espalda y nos hace terminar sirviendo a los ídolos? (Cf. Ex 32; Os 4, 11-19).

El caminar con Dios nos lleva a la plenitud de vida, porque nuestro Padre Dios nos propicia su redención a través de su Palabra y de la vida sacramental para que sean la brújula y mediaciones efectivas que nos lleven a descubrir este inmenso amor que Él nos tiene y nos manifiesta a través de toda la celebración del año litúrgico (cfr. LG 11). Por lo tanto, aprovechando el camino cuaresmal y la vivencia de esta Misión Programática, es muy conveniente hacer un sano alto en nuestra vida y reflexionar que, por nuestro bautismo, Dios es nuestro Padre, Jesucristo nuestro hermano y somos templos vivos del Espíritu Santo y esta experiencia nos lleva a una vida de familia, en la que Dios nos ha querido compartir su misma vida y proyecto de salvación. Es recordar y reavivar la conciencia que en una familia nadie está llamado a caminar en solitario. En la familia todos somos importantes, en la familia no somos visitas. Estamos llamados a vivir la corresponsabilidad, especialmente con los más pobres y vulnerables. Dios nos pide que manifestemos nuestro amor con respeto, acogida, recogimiento y

dándoles lo necesario para vivir (Asamblea general ordinaria del sínodo de los Obispos XVI, 4a). Esta experiencia debe extenderse también a todos nuestros hermanos con actitudes concretas de perdón, solidaridad, escucha, justicia, comunión, paz. (cfr. Jn 13,35). Solo así es como podemos testimoniar este amor que nos ha cautivado a través de los frutos que vamos manifestando, día con día, en nuestro matrimonio, familia, escuela, trabajo, Iglesia y sociedad. Estas acciones y actitudes que, como hermanos, vamos cultivando expresan nuestra Vida nueva en Cristo y la libertad de los hijos de Dios (PGP 110). Esto implica que seamos conscientes que estamos viviendo una nueva etapa en el camino de la humanidad.

La etapa histórica que vivimos trae consigo muchos cambios y profundos desde la tecnología, la cibernética y la nanotecnología que repercute principalmente en los jóvenes, adolescentes y en la vida social. La situación de la economía que ha provocado el descarte de los más pobres y vulnerables, también favorece la relativización de los valores humanos y cristianos, que ocasionan la promoción e instalación de las nuevas ideologías que, en vez de hablar de amor, hablan de egoísmo, soberbia, indiferencia, orgullo que se contraponen al auténtico amor humano y divino. Por lo tanto, como Iglesia de Cristo, somos invitados a caminar con los hermanos, acompañarlos y promover, desde el auténtico amor de Dios, el discernimiento de los signos de los tiempos y no dejemos que las cosas mundanas los atrapen y los lleven a la destrucción de sus vidas (PGP 23-25).

Tenemos la esperanza de que a la luz del Evangelio no eclipsemos los valores del Reino (cfr LG 5-6) que lleven al hombre y mujer de hoy a una plenitud de vida, desde la cual puedan vivir una experiencia de comunidad siendo uno con Cristo y caminando de su mano, porque solo en él y en su amor podemos alcanzar la plenitud de vida construyendo el Reino de Dios (cfr. Mt 6,33).

Diálogo:

En grupos

- Como hombres y mujeres de fe ¿Qué dificultades experimentamos para poder descubrir el amor de Dios en nuestra vida ordinaria?
- ¿Cuál es la idea de amor que descubro en los diferentes ambientes en que vivo?
- Si sabemos que Dios nos lleva a una plenitud de vida, ¿Por qué no asumimos la propuesta que Él nos da?
- ¿Con que actitudes concretas podemos manifestar el amor de Dios a nuestros hermanos?

Propuesta

Organizarse en grupos y llevar algún presente a los más necesitados de mi comunidad. (Despensa, medicamentos, ropa, etc.)

Tema 2:

El pecado debilita y fractura el camino de la comunión y de la fraternidad.

Objetivo:

- Descubrir que el pecado nos hace indiferentes ante las necesidades y vulnerabilidades de nuestros hermanos y nos impide que construyamos la comunidad.



Miramos algunos aspectos de la realidad

Hoy, en los ambientes donde vivimos, se notan y viven muchos cambios continuos a nivel local y global en todos los aspectos, que van influyendo en los hábitos y costumbres de las mujeres, los hombres, las familias y las comunidades. Estos cambios forjan la vivencia de nuevas expresiones culturales e influyen también en la conciencia y vivencia de sus valores religiosos. Para el tema que nos ocupa, miramos cómo en muchos hermanos y comunidades se anestesia el sentido del pecado y de la existencia de Dios, que trae consigo una vida y convivencia que se orienta y gobierna por un relativismo moral, donde cada uno se convierte en regla de lo que quiere hacer y vivir. Se llega al extremo de una auto-referencialidad donde el capricho es la norma de vida. Inevitablemente esto dificulta cualquier deseo de convivencia.

“La pérdida del sentido del pecado es una forma o fruto de la negación de Dios: no sólo de la atea, sino además de la secularista... Pecar no es solamente negar a Dios; pecar es también vivir como si Él no existiera, es borrarlo de la propia existencia diaria”.

Esta pérdida del sentido de pecado y de Dios, conduce al hombre inevitablemente al materialismo práctico, que como consecuencias lo llevan al individualismo, al utilitarismo y al hedonismo... La sexualidad

se despersonaliza e instrumentaliza, la vida pierde su valor y dignidad y se ve como “algo” no como “alguien”, se vuelve solo algo utilitario. La procreación se convierte en un peso que muchos no asumen la responsabilidad de traer un hijo al mundo, cada día está más lejos de las relaciones de pareja se vive solo el momento del placer. Las relaciones interpersonales experimentan un grave empobrecimiento. Los primeros que sufren sus consecuencias negativas son la mujer, el niño, el que sufre, el enfermo, el anciano, etc. viéndolos como un estorbo que no merecen más vivir en la sociedad.

El pecado es la causa de todos los males y desórdenes que aquejan y lastiman a la humanidad, sus relaciones, su vocación fundamental y su entorno vital, porque nos aleja de Dios, de nuestro prójimo, del mundo en que vivimos y de nosotros mismos, causando división en todos los ámbitos. La confusión que genera el pecado, en sus múltiples expresiones, ha llevado al hombre a buscar la felicidad fuera de Dios, por caminos falsos, experimentándose autosuficiente se vuelve cada vez más egoísta, relativista, poco a poco va destruyendo el propio ecosistema, cosifica a la persona con una economía del descarte, con una educación pobre o del mínimo esfuerzo, es permisivista, y se hace presa fácil de las diferentes ideologías. Estas y otras situaciones, que se podrían enumerar, aquejan al hombre y a la mujer de hoy y les están llevando a situaciones límites de deshumanización y pérdida de la dignidad humana.

El pecado siempre va a conducir a la destrucción, a la frustración, al sinsentido llevando a perder su identidad de hijo de Dios. Al vivir esta experiencia pierde fácilmente el sentido de pertenencia a la familia y a la comunidad y comienza a ver al otro como un enemigo, un rival del que debe cuidarse y no como hermano. La indiferencia crece y se instala ante el sufrimiento del otro, por eso el pecado es la forma más engañosa para conseguir la vida plena o nuestra realización como personas e hijos de Dios, y solamente nos lleva a la deshumanización y como consecuencia a la destrucción o aniquilación.

Iluminación:

De la primera carta del apóstol San Juan (1 Jn 3,4).

“Todo el que peca se rebela contra Dios, porque el pecado es rebeldía”

De la carta del apóstol San Pablo a los Efesios (Ef. 4,17-19).

“Les digo y les recomiendo en nombre del Señor: no procedan como los paganos, que se dejan llevar por la frivolidad de sus pensamientos y tienen la mente oscurecida. Ellos están apartados de la Vida de Dios por su ignorancia y su obstinación, y habiendo perdido el sentido moral, se han entregado al vicio, cometiendo desenfrenadamente toda clase de impurezas”

Reflexión:

El pecado es una falta contra la razón, la verdad y la conciencia recta; es falta al amor verdadero para Dios y con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes; el pecado es una ofensa a Dios, el pecado se levanta contra el amor de Dios que nos tiene y aparta de él nuestros corazones (CIC 1849-1850).

La gravedad del pecado es romper con uno mismo, con la comunidad, con Dios y la creación. Esto se debe a que el pecado siempre va aparecer como algo apetitoso que nos llevará a la plenitud de vida, pero esto es una mentira (cfr. Gn 3,5-6). Hoy en nuestro mundo vivimos situaciones que nos han llevado a experimentar situaciones extremas por no dejarnos conducir a la luz de la Palabra de Dios y dejarnos engañar por el padre de la mentira.

Frente a las transformaciones culturales que vivimos somos invitados para discernir qué es bueno para nuestro caminar como hijos de Dios en comunidad. Hoy son muchas historias humanas que se viven a diario en el mundo, en nuestra nación, y que nos confrontan por falta de los elementos básicos para la realización de toda persona; salud, educación, vivienda y una vida digna (cfr. PGP 29-31) y detrás de estas situaciones laten la mentira, la avaricia y el egoísmo.

El relativismo que se vive, hace que se pierda la capacidad de distinguir entre de lo bueno y de lo malo, y se ordenan las prioridades y elecciones por los propios impulsos y deseos de gratificación inmediata, la moda y corrientes ideológicas, que terminan generando y fortaleciendo inercias de intolerancia y rechazo para sostener un encuentro y diálogo honesto para encontrar la verdad (cfr. Jn 8,32).

Los ataques contra del matrimonio y de la familia son muy duros en esta época que estamos viviendo, se relativiza el auténtico amor conyugal a través de ideologías que hacen pensar a las personas que el amor auténtico entre un hombre y una mujer no tiene sentido (cfr. Gn 2,24).

“En el fondo, hoy es fácil confundir la genuina libertad con la idea de que cada uno juzga como le parece, como si más allá de los individuos no hubiera verdades, valores, principios que nos orienten, como si todo fuera igual y cualquier cosa debiera permitirse. En ese contexto, el ideal matrimonial, con un compromiso de exclusividad y de estabilidad, termina siendo arrasado por las conveniencias circunstanciales o por los caprichos de la sensibilidad. Se teme la soledad, se desea un espacio de protección y de fidelidad, pero al mismo tiempo crece el temor a ser atrapado por una relación que pueda postergar el logro de las aspiraciones personales” (AL 34).

Hoy los adolescentes y jóvenes cuando no se les ha formado en la familia o en la sociedad con sólidos criterios de vida, que los vaya orientando para buscar y llevar a una auténtica plenitud de vida, se dejan llevar por todo aquello que los medios de comunicación les transmiten, de manera especial las redes sociales, por eso es necesario ayudarlos cada día a vivir aquellos valores que los llevarán a tener una vida digna, que los vaya conduciendo a tener una vida de plenitud (cfr. PGP 187-188).

Esforzarnos por caminar juntos nos permitirá romper las cadenas del egoísmo, envidia, soberbia y orgullo; que impiden mirarnos y descubrirnos corresponsables los unos de los otros, como Iglesia viva en salida, porque hablar de caminar juntos o sinodalidad es caminar con Cristo, como hermanos, en la vivencia del Reino, buscando orientar nuestra vida en los diferentes ambientes donde desarrollamos nuestra vida y discernamos juntos el camino que hemos de seguir a la luz de la

Palabra de Dios, y con el influjo del Espíritu Santo y edificar el Reino de Dios, que se testimonie mediante una cultura de paz, de inclusión, de justicia y de equidad. (cfr. Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos XVI 1-h,i).

Diálogo:

- ¿Qué concepto tengo del pecado y qué tan consciente soy de esta realidad en el mundo?
- ¿Qué tipos de pecados son los que abundan en nuestro tiempo actual?
- ¿Cuáles son las consecuencias de estos pecados en la sociedad, en la familia, en el matrimonio, en la Iglesia, en el trabajo, en la escuela?

Propuesta:

- Reflexionar personalmente para mirar mi interior: ¿qué pecados aún están en mí e impiden ser una persona plena?
- Buscar el sacramento de la reconciliación.
- Construir la comunión superando divisiones, indiferencias, rencores, conformismo, etc. con espíritu de sinodalidad para un mundo donde se genere la paz, la justicia, el diálogo, la confianza, la comunión, la solidaridad. ¿Qué compromiso puedo asumir para vivir en mi familia, en la escuela y/o en mi trabajo?

Tema 3:

Jesús nos llama a la conversión y salvación por el anuncio del Reino

Objetivo:

- Reflexionar y aceptar la propuesta que Cristo nos hace para caminar a la luz del evangelio, alcanzar la comunión y vivir la experiencia de las promesas mesiánicas que se renuevan cada día.



Realidad:

La realidad actual nos muestra muchos cambios sociales y culturales, que han influido en la vivencia de los valores y expresiones religiosas. Se hacen presentes corrientes de pensamiento que niegan sistemáticamente la posibilidad de la relación con el trascendente hasta formas de vida que se sostienen en una indiferencia frente a Dios y su revelación en su Hijo Jesucristo. Atrás han quedado los enfrentamientos por afirmar o negar la existencia y presencia de Dios en nuestra historia. Hoy es un asunto que, para muchos, no es relevante.

La vida y existencia religiosa cristiana, para otros tantos, se ha reducido a la práctica de tradiciones y costumbres religiosas, sin interés por una fe de convicciones o una experiencia que se sostenga en un renovado encuentro con Cristo vivo en la comunidad cristiana.

La vida de la fe se entiende, reducidamente, a un ámbito de ritos y actos de piedad que no descienden, ni transforman la vida de cada día, generándose vacíos internos donde se piensa que Dios no tiene sentido en la vida de las personas porque “no pasa nada”.

Miramos cómo surgen también muchas ofertas de espiritualidad que se presentan como opciones que quieren satisfacer el sentido de

trascendencia de la humanidad y que dificultan el reconocimiento de Jesucristo como el Hijo de Dios, el Emmanuel, nuestro salvador.

Cristo para poder actuar en la vida requiere de cada persona su voluntad, libertad, y apertura del corazón, cuestiones indispensables por los cuales el hombre le grita con convicción a Jesús “ven a mí”, “Jesucristo, hijo de David, ten compasión de mí” (cf. Lc 18, 38-41), adhiriéndose a él buscando hacer su voluntad.

Otro aspecto de la realidad que hoy se hace presente es que el hombre y la mujer de hoy no quieren compromisos de fe, que les exija esforzarse en cambiar modos de vivir, de ser y de actuar, y es cuando este camino que Cristo les muestra, choca con lo que ellos cada día quieren.

Hoy se busca y se quiere un dios que actúe de manera inmediata, un dios que no exija nada, un dios que cumpla los caprichos, un dios que proteja, que provea de todo pero que no le pida nada a cambio y que esté a la disposición cuantas veces se quiera y necesite, que éste dios se adhiera a la voluntad del hombre, un dios que cuando se equivoque o cometa errores él solucione todo, un dios sin exigencias, sin compromisos, un dios a su medida.

Por eso en la actualidad la brujería, el esoterismo, la adivinación, la superstición, la astrología, el espiritismo, la nueva era, el yoga, la santería, el culto a la muerte, tienen un apogeo entre muchos hombres y mujeres, porque estos no implican compromisos de vida para las personas, lo único que le piden es hacer ritos, comprar cosas (amuletos, talismanes, veladoras, inciensos, esencias, fetiches, etc.). Es más fácil comprar estas cosas que buscar una auténtica conversión de vida que lleve a caminar con Cristo todos los días de la existencia y a la plenitud de vida.

Iluminación:

Del evangelio según San Lucas. 4,16-19.

Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Le presentaron el libro del profeta Isaías y, abriéndolo, encontró el pasaje

donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor".

Del libro del profeta Isaías. 52,7

“¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz, del que anuncia la felicidad, del que proclama la salvación!”

Reflexión:

Ante la realidad en la que el hombre y la mujer de hoy viven sin el sentido de Dios, nuestro Padre nos ofrece una respuesta en Jesucristo, su Hijo, Palabra hecha carne que ha venido para dar vida al mundo.

“La única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él nosotros queremos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna»” (RH 7).

Por esta razón Dios nuestro Padre desde el Antiguo Testamento prometió a este Redentor del mundo (cfr. Is. 61,1-2). Pero en nuestro entendimiento, hoy nos cuesta trabajo comprender este sentido de la redención que Cristo viene a hacer, y el papa Francisco lo afirma de esta manera:

“Pareciera que el hombre de hoy no quisiera pensar más en la Redención, en ser liberado y salvado por Dios; el hombre de hoy se ilusiona de hecho con la propia libertad como una fuerza para obtener todo. También hace alarde de esto. Pero en realidad no es así. ¡Cuántas ilusiones son vendidas bajo el pretexto de la libertad y cuántas nuevas esclavitudes se crean en nuestros días en nombre de una falsa libertad! Tantos esclavos, tantos... Tenemos necesidad que Dios nos libre de toda forma de indiferencia, de egoísmo y de autosuficiencia. En

nuestros tiempos, prolifera una especie de neo-pelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o a las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios” (PGP 95).

Por esta razón Cristo es la Buena Nueva de la salvación que quiere renovar nuestro existir, y él a través de la Iglesia nos llama constantemente para que lo aceptemos en nuestras vidas e iniciemos un proceso de conversión que nos lleve a buscar y a reflexionar nuestra vida a la luz de Cristo (cfr. Jn. 6,19-21) para que tengamos esa vida nueva en él, nos libere de nuestros males y seamos portadores de su Reino (cfr. Mt 6,33), que él nos propone como una forma de vida hoy en el mundo.

Por eso Cristo en su misterio Pascual nos muestra la expresión más grande del interés que tiene por nuestra salvación, él quiere restaurar la imagen con la que fuimos creados y que por el pecado la perdimos, él soportó nuestros sufrimientos (cfr. Is 53,4), para que por él renovemos nuestra vida y nos devuelva la dignidad de hijos de Dios a partir de la aceptación en nuestra vida y buscando caminar con él a la luz del Evangelio.

En una reflexión del papa Francisco a los jóvenes nos dice:

“Cristo que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, con ese mismo poder de su entrega total sigue salvándonos y rescatándonos hoy. Mira su Cruz, aférrate a Él, déjate salvar, porque «quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento». Y si pecas y te alejas, Él vuelve a levantarte con el poder de su Cruz. Nunca olvides que «Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría»” (ChV 119), una alegría (cfr, EG 1) basada en la aceptación libre y consciente en nuestro corazón como la solución para alcanzar una vida plena (cfr. Jn 10,10), por eso qué importante es, que como

hombres y mujeres de fe luchemos a través de la oración, de la eucaristía, de la comunidad para tener un encuentro vivo con Cristo que nos ayude a renovar nuestro ser cristiano y seamos propagadores convencidos de su Reino hoy en el mundo (cfr. EG 3). Hemos de ser conscientes que el lugar por excelencia donde recibimos la salvación traída por Jesús es su Iglesia, que gracias a la presencia del Espíritu Santo él hace posible la presencia viva y actual de Jesús hoy entre nosotros porque es aquí donde lo conocemos y donde él nos invita a imitar su acercamiento a los más pobres, necesitados, vulnerables, al pecador, etc. (cfr. PGP 135-137) en esta comunidad viva que es el Cuerpo místico de Cristo (cfr. 1 Cor 12,12-30) que actualiza el misterio de redención en este tiempo (cfr. CEC 1104).

Por eso el caminar con Cristo es renovar nuestra vida para que así verdaderamente seamos testigos a partir de nuestro encuentro vivo con él hoy en el mundo (cfr. EA 67).

Diálogo:

- ¿Has experimentado este anuncio de la salvación en tu vida? Comparte cómo ha sido esta experiencia
- ¿De qué cosas concretas Jesús te ha salvado?
- ¿Cómo es tu vida a partir de esta experiencia de la salvación y como lo compartes ante los demás?

Propuesta:

Buscar un momento de oración ante Jesús sacramentado pidiendo ser sanado, liberado, etc.

“Señor Jesús, te necesito. Gracias por morir en la cruz para pagar por mis pecados. Te pido perdón por mis pecados y te recibo como mi Señor y Salvador. Gracias por darme el regalo de vida eterna. Deseo cambiar y vivir una nueva vida contigo como mi Señor y Salvador, Escribe mi nombre en el libro de la vida y prometo serte fiel y justo. Gracias Jesús” Amén.

Tema 4:

La fe nos lleva a imitar a Cristo y sus actitudes.

Objetivo:

- Concientizar que nuestra vida de fe nos lleva a poner a Cristo como ejemplo que debemos seguir e imitar para ser auténticos discípulos de él dando frutos que testimonien su presencia y vida.



Realidad:

La fe en Jesucristo, para muchos, es algo del pasado. Es una cuestión que forma parte del bagaje cultural de muchos pueblos, pero se piensa, que no tiene vigencia y cabida en los actuales estándares post modernos de las nuevas comunidades y, especialmente, entre las generaciones más jóvenes. Como lo vimos en el tema pasado, es una fe que se reduce, en algunos, a expresiones religiosas populares donde se manifiesta, de manera superficial, el deseo de satisfacer un sentido de trascendencia. Es creciente, para otros, el deseo de una religiosidad al margen del sentido de pertenencia a determinada institución religiosa, donde las exigencias éticas y morales son una carga imposible de llevar: ¡Dios sí, Iglesia no!

Esta realidad no es exclusiva de la comunidad cristiana católica, sino es un fenómeno social que impacta a toda la comunidad humana que se instala, conforma y busca el sentido y la felicidad de su vida en opciones fugaces acarreado, como consecuencia, la pérdida de trascendencia en la vida

La fe de muchos se debilita o relativiza al verse sumergidos en una multitud de opciones religiosas que el mundo ofrece en los medios masivos de comunicación y redes sociales y que nada tienen que ver con el Dios que Jesucristo nos ha mostrado. Una oferta de ideologías religiosas o pseudo-religiosas, de carácter esotérico, espiritista y

mágico van captando la atención de muchos que, por la ausencia de formación y vivencia de su fe, se vuelven presa fácil de un relativismo religioso y moral donde “todo es lo mismo y todo es posible”.

Algunos, en las diferentes experiencias adversas de la vida donde la persona experimenta la soledad, el dolor, el sufrimiento, la carencia de afectos, la muerte de algún ser querido, el abandono del padre o la madre del seno familiar, etc. se ven seriamente afectados y lastimados. En esas experiencias sufren la desesperación y el sentirse abandonados hasta renegar de Dios, haciéndolo “el culpable o responsable” de lo que no queremos que se haga presente en el camino de la vida.

Frente a este panorama anterior, nos llena de esperanza el mirar a muchos hermanos que se esfuerzan por vivir su fe de una forma íntegra y convencida, mostrando en su vida una profunda esperanza a pesar de las dificultades que se van presentando y que lejos de abandonar o negar su fe dan testimonio de su confianza y esperanza en el Señor. Buscan y aprovechan los medios para crecer y tratan de vivir conforme a la voluntad de Dios, mostrando en su vida diaria los valores del Reino, imitando las actitudes de Cristo en los diferentes ambientes en los que se desenvuelven, mostrando su fe a pesar de las circunstancias adversas que encuentran.

Reconocemos que también, con los medios que la Iglesia proporciona para impulsar la vida espiritual y el compromiso de la caridad, muchos hermanos se esmeran en conocer, en formarse y sobre todo en vivir lo que Cristo enseña a través de la escucha de su Palabra, de la oración, de la catequesis, de la vida de los sacramentos, principalmente en la Eucaristía y la reconciliación.

Iluminación:

Del evangelio según San Juan. 15,4

“Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos

El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer”.

De la primera carta del apóstol San Juan 5,13-14.

“Les he escrito estas cosas, a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen la Vida eterna. Tenemos plena confianza de que Dios nos escucha si le pedimos algo conforme a su voluntad”

Reflexión:

Hablar de la salvación es hablar de la intervención gratuita de Dios en la vida de la persona que se abre y acepta su amor, que se hace cercano y personal por su Hijo Jesucristo (cfr. Jn 6,68). Hablar del redentor es hablar del rescatador que viene para que tengamos una vida nueva en él (cfr. 1 Tim 2,6), por eso vivir unidos a Cristo transforma nuestro caminar y vivir de cada día a través de su gracia (cfr. Jn 14,6). Por tal motivo cuando yo acepto a Cristo y le sigo, implica imitar sus virtudes y su estilo de vivir y relacionarse (cfr. Jn. 13,13-15).

“Nosotros somos creación suya: fuimos creados en Cristo Jesús, a fin de realizar aquellas buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos” (Ef 2,10).

Es propio de personas convencidas querer parecerse al máximo a la persona amada, seguir de cerca sus pasos, responder con actitudes que el Señor Jesús nos invita, como lo dice San Pablo “imítenme a mí como yo imito a Jesús” (cfr. 1 Cor, 11,1).

Por eso, los cristianos que han aceptado a Cristo han de esforzarse por manifestar su amor a Dios con las palabras (oración) y los hechos (sacrificio), respondiendo así a lo manifestado en su Palabra y su sacrificio en la cruz.

“El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la

profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús (RH 10). Sólo desde esta certeza de fe, surgirán nuestras actitudes, nuestra palabra, nuestras acciones, nuestro testimonio” (PGP 93).

“En el centro de la Carta a los Filipenses, en lo que la tradición cristiana llama comúnmente «himno cristológico»; se centra toda la atención en los «sentimientos» de Cristo, es decir, en su modo de pensar, y en su actitud concreta y vivida. Esta oración comienza con una exhortación: «Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que Cristo» (Fil. 2,5). Estos sentimientos se presentan en los versículos siguientes: el amor, la generosidad, la humildad, la obediencia a Dios, el don de uno mismo. No se trata solo y únicamente de seguir el ejemplo de Jesús, como algo moral, sino de involucrar toda la existencia en su propia manera de pensar y de actuar. La oración debe conducir a un conocimiento y a una unión en el amor cada vez más profundos con el Señor, para poder pensar, actuar y amar como Él, en Él y por Él. El ejercicio de esto, aprender los sentimientos de Jesús, es el camino de la vida cristiana” (Benedicto XVI, Audiencia General, 27/06/2012).

Este camino de la vida cristiana, a la luz del Evangelio, nos muestra los medios para imitar a Cristo en su modo de ser, de actuar, de hablar y de vivir (cfr. Asamblea general ordinaria de del Sínodo de los obispos XVI 3 a-b), implica sumergirse en la lectura asidua de los evangelios (cfr. PGP 102), descubriendo qué es lo que a Jesús le acontecía y cómo él actuaba ante diferentes circunstancias, y reflexionando personalmente me ayude a descenderlo a mi vida, teniendo presente a Cristo en su actuar imitándolo y hablando de él a partir de mi propia experiencia personal.

Otro elemento que nos lleva a la imitación es el camino de la oración, que evoca la necesidad de mantener una amistad viva con Jesús para unirme íntimamente a él y tratar de vivir su estilo de vida (cfr. LG 41. 42). Otro elemento es la vida sacramental activa, que va nutriendo nuestra vida, formando mi conciencia para discernir entre aquello que más favorece el desarrollo y fecundidad en mi existencia cristiana. Éstos elementos son esenciales para que la vida de la gracia impulse y conduzca nuestra vida, renovando y fortaleciendo nuestra fe (cfr. Asamblea general ordinaria de del Sínodo de los Obispos XVI 2c), como auténticos hombres y mujeres

de fe que no hablan una ideología, sino de una experiencia de vida a partir de lo que viven cada día, y de este modo nutrir la fe para caminar con Cristo e imitarlo y ser uno con él (cfr. Jn 17,21).

Diálogo:

- ¿Qué tanto me he esforzado por imitar el camino de Cristo?
- ¿Cuáles son los obstáculos que me impiden imitar a Cristo?
- ¿Qué medios concretos me propongo para imitarlo?
- ¿Cuáles son los recursos que tengo para nutrir mi fe y cuáles me faltan?

Propuesta:

En mi comunidad parroquial proponer a los agentes de pastoral profundizar en la Sagrada Escritura y Catecismo de la Iglesia Católica para conocer e imitar a Cristo.

Tema 5:

El Espíritu Santo nos hace testigos de la redención.

Objetivo:

- Contemplar la pasión, muerte y resurrección de Cristo, bajo la luz del Espíritu Santo, para descubrir el gran don que Jesús nos ganó a través de este misterio de amor y dar testimonio de él en el mundo.



Algunos aspectos de la realidad:

El sentido de la presencia del espíritu de Dios en la vida del ser humano parte de la convicción de que realmente somos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo. Ésta es una realidad que todo buen cristiano bautizado tiene conciencia. Pero nuestra realidad es diferente, hoy se acude a solicitar el sacramento del Bautismo sin plena convicción, se ha llegado a considerar como un compromiso social, una tradición religiosa que no implique compromisos de vida. En el extremo, en ocasiones, solo se busca una convivencia como evento social en el cual haya fiesta, pero sin el sentido esencial de lo que es el Bautismo, y esta realidad se extiende, en algunos hermanos cristianos, a toda la vida de la gracia que se nos ofrece en los sacramentos.

Podemos percibir que muchos de los padres de familia ponen resistencias a los procesos de formación cristiana a través de la catequesis para iniciación cristiana y sólo quieren que sus hijos reciban los sacramentos como un evento celebrativo aislado, sin que tenga alguna proyección o compromiso en su presente y futuro.

Permanecer y sostener una inercia de costumbrismo religioso que no vaya transformando nuestra vida: palabras, afectos, opciones y acciones es arriesgarnos a desaprovechar toda la nueva vida que el

Señor Jesús nos ha ganado por su pasión, muerte y resurrección. Quedando claro que la eficacia de esta gracia salvadora no depende de nuestras iniciativas o de lo que hagamos, sino que necesita de nuestra apertura y disponibilidad consciente y libre.

Hablar de la presencia y acción del Espíritu Santo en nuestra realidad eclesial es mirar que muchos bautizados no han descubierto los dones que han recibido en el bautismo y en la confirmación. No se insiste de la responsabilidad contraída por el bautismo, que nos convierte en profetas, capaces de anunciar a Cristo, ni en el compromiso propio de la confirmación, que nos impulsa y convierte en testigos para anunciarlo sin temor y con poder.

La presencia y acción del Espíritu Santo, en nuestras comunidades eclesiales, es de vital importancia ya que, sin la presencia de *quien nos habla al oído y nos vuelve a decir las palabras del Maestro*, fácilmente quedamos expuestos a la auto-referencialidad, a los marcos de nuestros análisis y al activismo que termina por cansar y desanimar a muchos agentes de pastoral, tanto laicos, como sacerdotes, religiosos, religiosas, eclipsando el testimonio alegre y entusiasta de Jesús Resucitado, como lo hacían los primeros cristianos.

Esta presencia viva y activa del Espíritu Santo ya está presente y no nos abandona y requiere la renovación del obsequiar nuestra voluntad en sus manos y nuestra libertad para que él la dirija, así como nuestra capacidad de amar para que nos lleve a vivir la experiencia del reconocimiento de Jesucristo como Señor de nuestra vida, experiencia que hunde sus raíces en el acontecimiento de la Pascua de Jesucristo, el Señor.

Iluminación:

De la carta de San Pablo a los Romanos 8,9-11

“Pero ustedes no están animados por la carne sino por el espíritu, dado que el Espíritu de Dios habita en ustedes. El que no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Cristo. Pero si Cristo vive en ustedes, aunque el cuerpo esté sometido a la muerte a causa del pecado, el espíritu vive a

causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en ustedes, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes”.

De la carta de San Pablo los Gálatas Gal 5,22-25

“Por el contrario, el fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia. Frente a estas cosas, la Ley está demás, porque los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos. Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por él”

Reflexión:

Caminar a la luz del Espíritu, es caminar a la luz del misterio Pascual de Cristo, dejándonos impregnar y guiar por la gracia de este Espíritu. El Proyecto Global de Pastoral nos menciona en el no.128. “El Crucificado-Resucitado nos comparte su Espíritu, Espíritu de verdad, y la verdad nos hace libres (cfr. Jn 8,31). Pentecostés culmina el misterio pascual de Jesús, y por eso la obra redentora de Jesús se prolonga en la acción del Espíritu en sus discípulos, como ministros de reconciliación (cfr. 2 Co 5,11), no simplemente como hombres y mujeres pacíficos, sino como constructores de paz (cfr. Mt 5,9). Va transformando la mente y el corazón de los redimidos para que tengamos los mismos sentimientos del Señor. Construye la Iglesia, la vivifica permanentemente, la unifica en torno a su Señor, la lanza al testimonio y la fortalece (cfr. LG 4)”.

Por eso la gracia del Espíritu tiene que llevar al hombre y la mujer de fe a buscar y reflejar el sentido de la conversión de vida, que por el amor a Cristo manifestado en su misterio pascual él responde a este amor a través de un ejercicio ascético exigente, que nos lleva a reconocer nuestros pecados, errores y limitaciones para que busquemos este acompañamiento del Espíritu, que nos vaya llevando a tener una vida de gracia, que nos lleve en el camino hacia la vida nueva que Cristo nos ofrece (cfr. Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos XVI 16c).

Somos discípulos misioneros por el bautismo donde Dios nos dota de su Espíritu Santo y con carismas para caminar hacia la santidad en el servicio del bien común por el amor de Cristo en el Espíritu.

Pentecostés es para la misión, donde Cristo mismo envía a sus apóstoles a anunciar la Buena Nueva ungidos por el poder del Espíritu Santo, y en el anuncio de la persona de Cristo, los que escuchan este mensaje de salvación el Espíritu Santo los reúne en comunidad para la enseñanza apostólica; para la fracción del pan, para las oraciones y la participación de la vida común. La Iglesia comunidad del Espíritu de Cristo esta llamada a ser sal y luz del mundo para construir el Reino de Dios (cfr. Hacia la Iglesia sinodal en salida a las periferias 183).

Por lo tanto el ser testigos de Cristo en el mundo a la luz del Espíritu de Cristo, tiene que ayudarnos a buscar primeramente y saber la propuesta que el nos da, una propuesta que se plasma en el Reino de Dios, es decir el modo de vivir en aquel cristiano que se deja conducir por el Espíritu y que lo manifiesta en todos los ámbitos donde desarrolla su vida (cfr. LG 36), y de ese modo se manifestara las obras según el Espíritu que hablan del amor con el que caminamos con Cristo en el cual nos convertimos en auténticos testigos de su amor a partir de la experiencia que vamos adquiriendo de ser dóciles al Espíritu Santo, por eso el hombre y mujer de fe debe pedir constantemente esta presencia viva y activa del Espíritu en su vida para que obre según su gracia que le ha concedido.

Diálogo:

- ¿Cuándo se celebra el Misterio Pascual de Cristo, verdaderamente contemplo esta manifestación de su amor que me lleva a dejarme conducir por su Espíritu? ¿Si, no y por qué?
- En la realidad que vivimos hoy, en nuestra comunidad parroquial, ¿nos descubrimos como una comunidad dócil al Espíritu Santo o qué nos falta?
- ¿Cómo vivir el misterio Pascual con acciones concretas en mi matrimonio y familia?
- ¿Cómo motivar la vivencia del misterio Pascual en los adolescentes y jóvenes hoy en nuestra realidad?

Propuesta:

- Orar en familia esta oración para que el Espíritu nos ayude y conduzca a vivir el encuentro con Jesús en su misterio Pascual.

Veni Creator

TODOS: VEN, ¡oh, Espíritu Creador!, visita las almas de los tuyos,
llena de tu gracia divina los corazones que Tú creaste.
Tú, que eres llamado Paráclito, don del altísimo Dios, fuente viva,
fuego, amor y unción del espíritu.
Tú, el de los siete dones, el dedo de la diestra del Padre,
la promesa solemne del Padre, que dotas de palabra las gargantas.
Enciende la luz en nuestros espíritus,
infunde tu amor en nuestros corazones,
confortando con tu auxilio continuo la flaqueza de nuestra carne.
Aleja más y más a nuestro enemigo, y danos pronto la paz,
para que así, guiándonos Tú, evitemos todo mal.
Haz que por ti conozcamos al Padre, y que conozcamos al Hijo,
y que creamos siempre en ti,
¡oh, Espíritu que procedes de ambos!
Gloria sea dada a Dios Padre,
y al Hijo, que resucitó de entre los muertos,
y al Paráclito, por los siglos de los siglos.
Amén.

Dirige: Envía tu Espíritu y serán creados.

Todos: Y renovarás la faz de la tierra.

OREMOS:

Todos: ¡Oh Dios!, que ilustraste los corazones de los fieles con la luz del Espíritu Santo; haz que, guiados por este mismo Espíritu, sintamos rectamente y gocemos siempre de su consuelo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Tema 6:

El Espíritu Santo renueva y revitaliza nuestro caminar eclesial, con dones y carísimas, para ser testigos del amor de Dios en el mundo.

- Comprender que somos parte del Cuerpo místico de Cristo y que, con los dones que el Espíritu Santo derrama en nosotros, estamos llamados a construir su Reino en el mundo.



Algunos aspectos de la realidad:

El egoísmo en el ser humano ha hecho que pierda el sentido de acrecentar el sentido de corresponsabilidad con cada uno de sus hermanos y fortalecer el sentido de participación para construir un mundo mejor (cfr. GS 25). Esta situación ha llevado a la deshumanización de la vida social y nos ha puesto en la ruta de una de las situaciones más críticas que vivimos hoy como lo es la indiferencia ante muchas circunstancias de la vida comunitaria. Se ha dado paso a situaciones violentas que lastiman la dignidad humana que destruyen relaciones y toda posibilidad de madurar la caridad y solidaridad cristianas.

Hoy con insistencia escuchamos la invitación a redescubrir la sinodalidad, caminar juntos, como el estilo propio de la vida personal y de nuestras comunidades parroquiales, que nos previene del aislamiento y diversos modos de encerramiento, favorecido por el progreso y oferta de las redes sociales y de la industria del entretenimiento y en este llamado encontramos muchas resistencias porque ir al encuentro, diálogo, acuerdo y cooperación con el otro, exige renunciar a las seguridades en las que me he instalado (cfr. PGP 29).

En el año de 1985, con el terremoto que vivimos en nuestra Patria mexicana, fuimos testigos de cómo cada uno de nosotros poniendo sus talentos, conocimientos, destrezas y bienes al servicio de los demás se pudo salir adelante. Trabajando y caminando codo con codo, buscando salir de la situación que estábamos enfrentando, ante un fenómeno de la naturaleza, hoy nos damos cuenta que esas lecciones de vida se nos están olvidando. Necesitamos caminar, ayudar y apoyarnos juntos sin anteponer prejuicios y autoritarismos que nos exponen a la búsqueda de un bienestar individualista, que se expresa en situaciones de violencia, inseguridad, desestabilización económica, ideologías destructivas (ideología de género, aborto, eutanasia, feminismo, machismo, parejas igualitarias, supremacía de la economía, secularismo, satanismo, new age, corrupción, miedo, demagogia, etc.), que tristemente nos han llevado a acostumbrarnos a vivir con el miedo y la inseguridad (cfr. Discurso inaugural del San Juan Pablo II. 18-19), encaminándonos a un individualismo exacerbado, que se expresa: *“con que no se metan conmigo y mi familia, lo demás a mí no me interesa”*. Estos fenómenos que orientan nuevas formas de pensar y actuar están debilitando nuestro sentido comunitario. Por eso nuestra situación actual reclama un replanteamiento, a la luz del Evangelio.

Iluminación:

De la carta de San Pablo a los Gálatas (5,16-18.25).

“Yo los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios, y así no serán arrastrados por los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Ambos luchan entre sí, y por eso, ustedes no pueden hacer todo el bien que quieren. Pero si están animados por el Espíritu, ya no están sometidos a la Ley... Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por él”

De la primera carta de San Pablo a los Corintios (12,12-13).

“Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y, sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo,

así también sucede con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo –judíos y griegos, esclavos y hombres libres– y todos hemos bebido de un mismo Espíritu”.

Reflexión

La presencia viva y activa del Espíritu Santo en nuestra Iglesia es la que hace posible que ella se renueve constantemente a la luz del Evangelio y actualice este misterio de amor en la liturgia, que es el culmen manifestado en la Eucaristía (cfr. CEC #736-738). Esta manifestación culmen nos tiene que llevar, como hombres y mujeres de fe, a hacer extensiva ésta renovación a cada uno de nuestros hermanos compartiendo los dones y carismas que Dios nos ha regalado para ponerlos al servicio de la comunidad (cfr. 1 Cor. 12,4-11; 14,1-5), haciendo vida el deseo de Cristo en nuestra iglesia que nos dice; *“Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”* (Jn 17,21). Por esta razón, hablar del sentido comunitario y sinodal es hablar de la Iglesia de Cristo para que juntos, como hermanos, construyamos su Reino en la realidad que vivimos.

Es una esperanza saber que nuestro Señor está plenamente acompañando nuestra realidad y, desde su propuesta de vida que nos hace, nos invita a renovar nuestro caminar como Iglesia viva y en salida (cfr. EG 24), buscando que en todo hombre y mujer de buena voluntad formemos a Cristo en ellos, para que Él sea el eje central de comunión que nos lleve a reconstruir el tejido social que hoy se ha roto por múltiples causas.

A partir de los valores del Evangelio, desde la comunión eclesial sinodal, es como auténticamente cada bautizado será un testigo de Cristo, llevando impregnada en su vida la misión de hacer visible el Reino de Dios en todas las realidades humanas donde vive, respondiendo a la llamada del Señor que nos invita a ser sal y luz del mundo (cfr. Mt 5,13-14).

En esta invitación es fundamental la presencia y acción de los laicos, conscientes de los dones y carismas que, en Cristo a través del Espíritu, han recibido. Regalos que tienen sentido cuando se ponen al servicio de la comunidad.

El Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* dice “Los laicos tienen como vocación especial el hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y circunstancias donde ella solo puede llegar a ser la sal de la tierra a través de ellos. Así todo laico por el simple hecho de haber recibido sus dones, es a la vez testigo e instrumento vivo de la misión de la iglesia misma” (LG 33). En unión con los pastores, los cuales enseñan en nombre y con la potestad de Cristo, también los laicos manifiestan la luz del Evangelio en la vida cotidiana, familiar y social. Su testimonio adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por realizarse dentro de las condiciones comunes del mundo. (cfr. LG 35).

Hoy es necesario que cada bautizado sea consciente de que tiene un papel esencial en la Iglesia y en el mundo con los dones recibidos, buscando siempre la voluntad de Dios y testimoniándola a cada uno de los hermanos, principalmente a los más débiles, vulnerables, discriminados, enfermos, olvidados y los pobres, que son los destinatarios, por excelencia, que Cristo nos enseña pongamos más atención en ellos, porque son los que necesitan de nuestra caridad y bondad haciendo resaltar esa luz del Espíritu por nuestras obras promoviendo la dignidad humana. (cfr. Mt 25: PGP 75).

Entendemos, además, que la verdadera promoción humana no puede reducirse a aspectos particulares: debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y mujeres, desde la vida nueva en Cristo que transforma a la persona de tal manera que la hace sujeto de su propio desarrollo (cfr. DA 39), pero no de una manera aislada sino en plena comunión con Cristo, la Iglesia y con todos los hermanos que han recibido los dones necesarios que han de desarrollar en los lugares que cada bautizado consciente de su misión, testifica con su vida coherente implantando el Reino de Dios en el mundo.

Solos no podemos llevar a cabo esta tarea de renovación y revitalización eclesial, necesitamos ser dóciles al Espíritu Santo (cfr. Jn 16,13) que renueva y fortalece a la Iglesia con sus dones y carismas, nos congrega para poder llevar a cabo esta misión encomendada por Jesucristo que nos envía el Espíritu para iluminarnos, guiarnos, renovarnos, fortalecernos, e impulsarnos a ser uno con Él cumpliendo su voluntad.

La docilidad al Espíritu Santo nos permite estar abiertos a las sorpresas que Dios tiene preparadas para nosotros y a dejarnos guiar por su voluntad y amor providente, para construir en comunión el Reino de Dios. En un mundo cada vez más complejo y cambiante, es necesario cultivar el discernimiento de la voluntad de Dios: qué es lo bueno, lo que le agrada y lo perfecto (cfr. Rom 12,2) en medio de las dificultades y desafíos de la vida cotidiana. Que el Espíritu Santo nos conceda la gracia de ser dóciles a su acción en nuestras vidas y nos ayude a vivir como auténticos discípulos de Cristo.

Diálogo

- ¿Qué necesitamos revitalizar y renovar en nuestra Iglesia para ser luz y sal en el mundo?
- ¿Cuáles son los dones y carismas que Dios me ha dado para ponerlos al servicio de mis hermanos en mi familia, en mi trabajo y en mi comunidad parroquial?
- ¿Qué tan consciente soy que, por la acción del Espíritu Santo, el Señor me llama para ser testigo del amor y propiciar la comunión con los demás en la Iglesia? ¿Cómo lo demuestro?

Propuesta

En mi comunidad parroquial acercarme a las personas que no conozco o poco frecuento para conocerlos, propiciar la unión, la fraternidad, el perdón, y podamos ser una comunidad más unida y comprometida desde nuestros carismas, para vivir y testimoniar la misión que Cristo nos encomendó en sinodalidad.

Tema 7:

Llamados para seguir construyendo la Casita sagrada de Santa María de Guadalupe, donde nos muestre su amor y nos lleve al encuentro con Jesucristo resucitado.

Objetivo:

- Renovar nuestro ser bautismal y filiación a Santa María de Guadalupe para construyamos una sociedad más justa, equitativa y responsable.



Algunos aspectos de la realidad:

Uno de los problemas que hoy vivimos es nuestra falta del sentido de pertenencia a la Iglesia. Esto hace que, muchas veces, con mucha facilidad señalemos los errores y limitaciones de la Iglesia sin sentirnos parte y sin involucrarnos (cfr. PGP 156).

Es común todavía referirnos a la Iglesia reduciéndolo al sentido material de las construcciones y queda al margen el sentido de la comunidad de personas, quedando debilitado el sentido relacional entre las personas y el sentido más profundo de nuestra relación con Dios, generándose entonces un vacío en el sentido de nuestra filiación con Dios y de nuestra fraternidad en Jesucristo, su Hijo (cfr. Rom 6,3-11; CEC #1267).

En la época de la post-pandemia todas las comunidades, los grupos, movimientos de apostolado y asociaciones tuvieron muchas pérdidas dolorosas de hermanos y la realidad de muchos que, por diferentes razones, ya no se reintegraron, hasta muchos otros que se han limitado a continuar con algunos recursos virtuales su “participación”. Esto nos ha desafiado y confrontado en nuestra tarea evangelizadora y

catequética que privilegia las acciones presenciales, propias de la naturaleza humana que busca y aprecia las relaciones de la familia humana que pasan por el encuentro, el diálogo, el discernimiento, el acuerdo, la ayuda mutua, la colaboración. Acciones que identificamos como fundamentales para hacer realidad el deseo de Santa María de Guadalupe: constrúyanme una Casita.

Qué bendición saber que en nuestra nación está profundamente arraigada la presencia de Santa María, en su advocación de Guadalupe. Que está impregnada en el corazón de muchas hermanas y hermanos, siendo una Madre que nos viene a mostrar el amor de Dios (cfr. DA 267) en su hijo Jesús, que lo muestra desde su maternidad (cfr. Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos XVII 9e; DA 554) sin distinción de raza, credo, condición social, pues ella nos muestra su amor de madre, como intercesora de los pobres, de los marginados, de los que no tienen valor, de los excluidos y, bajo su mirada, acoge a todos cuantos se le acercan con esa seguridad que se ve manifestada en las acciones sinceras de la piedad popular y las peregrinaciones que se hacen a la Casita sagrada que, en su momento, pidió que se le construyera y, desde ahí en el Tepeyac, a todo hijo espera con corazón de Madre.

No desconocemos lo mucho que tenemos que seguir trabajando para purificar algunas de nuestras expresiones de amor a Santa María de Guadalupe, para poder auténticamente seguir construyendo la Casita sagrada que sigue pidiéndonos ya que, algunas de las expresiones de nuestro afecto se quedan en la algarabía, sin llegar a ser medios eficaces que nos lleven al encuentro renovado con el amor del Padre y con el amor de su Hijo resucitado (cfr. DA 259. 261). Tampoco son oportunidades para revitalizar nuestro compromiso y testimonio de nuestra identidad de hermanos en el amor de la Madre del Verdadero Dios, por quien se vive.

Iluminación

Lc (2, 19)

Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón.

Lc (1,42-50)

Exclamó: «¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! 43 ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor» 46 María dijo entonces: «Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso he hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen.

Nican Mopohua 26.

“Sábelo, ten por cierto hijo mío, el más pequeño, que yo soy la Perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del Verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la inmediación, el dueño del cielo, el dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada.

Nican Mopohua 119.

¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?

Reflexión

María nos lleva a Jesús para escucharlo y obedecer lo que él dice. Ella nos muestra a su hijo para conocerle y descubrir lo que Él nos dice (cfr.

DAp 266). Nadie mejor que María conoce el corazón y los deseos de Jesús, ella como Madre de la fe nos invita a mirar y escuchar a su hijo para comprender su actuar, su forma de mirar, su manera de relacionarse y su forma de amar. María ante la necesidad que sufren sus hijos (tristeza, depresión, soledad, abandono, injusticias, opresión, inseguridad, secuestros, violencia, vicios, etc.) ella es la mediación ante las situaciones que el hombre y la mujer de fe viven en el mundo llevándolas ante Jesús para que Él nos sostenga y acompañe con su gracia y acción salvadora (cfr. Mt 11,28; *Redemptoris Mater* 38; Nican Mopohua 119).

Hoy, Santa María de Guadalupe, sigue haciéndonos con insistencia el llamado: “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5). María, como modelo de oración, (cfr. Hech 1,14) nos invita a confiar plenamente en Dios y su plan de salvación, nos enseña que el amor es donación completa, tierno y fuerte, silencioso y elocuente, nos lleva a Jesús y además nos prepara a seguirlo fielmente.

María es modelo de los cristianos por sus virtudes, ella es nuestra Madre pues, como dice el libro del Apocalipsis, son hijos de la Mujer (cfr. Ap 12) los que siguen los mandamientos de Dios. Si nosotros nos consideramos realmente cristianos y cumplidores de los mandatos del Señor, aceptamos que María es nuestra Madre, es la Madre de la Iglesia.

“En María de Guadalupe los mexicanos encuentran una Madre amorosa, rostro materno de Dios, imagen prístina del amor de Dios por nosotros. Esta patria y esta vivencia de la fe que, desde sus inicios, enfrentaron serias dificultades para alcanzar la unidad, encontraron en Santa María de Guadalupe una madre que les ayudó a superar sus enormes diferencias iniciales, para empezar a caminar hacia el sueño de Jesús de ser uno, como Él y el Padre son uno (cfr. Jn 17,21). Santa María de Guadalupe en su diálogo con San Juan Diego y, a través de él, con Fray Juan de Zumárraga, ofrece a la fe y a la patria nacientes una imagen, lenguaje común que acercaba a las partes en conflicto; una verdad que vino a llenar el vacío y el desamparo de los indígenas, los hijos pequeños; y una petición que poco a poco fue logrando que todos

se involucraran en una tarea común, construir "la casita" de todos" (PGP 151).

La Casita sagrada que Santa María de Guadalupe quiere se debe construir en cada familia, donde siga siendo fecunda la presencia del Reino de su amado Hijo, donde cada miembro de la familia viva la experiencia de ser constructor de la propuesta de Cristo. Se construye en cada uno de los matrimonios que no renuncian al diálogo y ser un ambiente donde se toma acuerdos comunes que buscan construir el bien común de su familia en la corresponsabilidad, familias donde los niños aprenden valores que les ayuden a discernir el valor de la vida, de la justicia, de la paz y la comunión de vida; donde los jóvenes tienen la experiencia de sentirse escuchados por sus padres; donde los abuelos son queridos y valorados y se vuelven luz para los pasos de los adolescentes y jóvenes por la experiencia adquirida durante todos sus años (cfr. ChV 188.199); donde los enfermos son amados y acompañados por la solidaridad y buscan unir sus dolores a la pasión de Cristo (cfr. *Salvifici Doloris* 18).

En la tarea de construir la Casita sagrada tenemos presentes a los actores sociales, especialmente a los responsables de la administración y del orden público, a nuestros gobernantes para con ellos busquemos el tan anhelado bien común (cfr. FT 159; PGP 172).

Encomendemos y trabajemos corresponsablemente por nuestra Iglesia para que, ante la situación social que hoy estamos viviendo, la Madre del Tepeyac nos ayude cada día a cumplir con la misión de ser luz y sal del mundo, misión que nos dejó nuestro Señor Jesucristo (cfr. Mt 28,19) para que así reine la justicia, la paz y la equidad y auténticamente cada día seamos luz del mundo a ejemplo de María de Guadalupe (cfr. PGP 162) la estrella de la evangelización (cfr. EN 82).

Diálogo

- ¿Qué ha significado Santa María de Guadalupe para nuestras familias en relación con la misión de construir el Reino de Dios?

- ¿Qué alternativas tenemos a la luz de la Palabra de Dios y del Nican Mopohua para ser auténticamente constructores del Reino Dios?
- ¿Qué sentimientos y actitudes despierta en mí saber que Santa María de Guadalupe está presente en medio de nuestra nación?
- A la luz de esta reflexión ¿Cómo podemos ir implementando recursos que nos ayuden a construir el Reino de Dios de la mano de María?

Propuesta

Conocer las virtudes de María para ponerlas en práctica en cosas concretas en nuestra vida ordinaria y así construir el Reino de Dios entre nosotros.